

Homilías Domingo 33 del Tiempo Ordinario

+ Lectura del Santo Evangelio según San Lucas

En aquel tiempo, algunos ponderaban la belleza del templo, por la calidad de la piedra y los exvotos. Jesús les dijo: «Esto que contempláis, llegará un día en que no quedará piedra sobre piedra: todo será destruido.» Ellos preguntaron: "Maestro, ¿cuando va a ser eso?, ¿y cuál será la señal de que todo esto está para suceder?» El contestó: «Cuidado con que nadie os engañe. Porque muchos vendrán usando mi nombre diciendo: "Yo soy" o bien "el momento está cerca"; no vayáis tras ellos. Cuando oigáis noticias de guerras y de revoluciones, no tengáis pánico. Porque eso tiene que ocurrir primero, pero el final no vendrá en seguida.» Luego les dijo: «Se alzarán pueblo contra pueblo y reino contra reino, habrá grandes terremotos, y en diversos países epidemias y hambre. Habrá también espantos y grandes signos en el cielo.

Pero antes de todo eso os echarán mano, os perseguirán, entregándoos a los tribunales y a la cárcel, y os harán comparecer ante reyes y gobernadores por causa de mi nombre: así tendréis ocasión de dar testimonio. Haced propósito de no preparar vuestra defensa: porque yo os daré palabras y sabiduría a las que no podrá hacer frente ni contradecir ningún adversario vuestro. Y hasta vuestros padres y parientes y hermanos y amigos os traicionarán, y matarán a algunos de vosotros, y todos os odiarán por causa de mi nombre. Pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá: con vuestra perseverancia salvaréis vuestras almas.»

Palabra del Señor

Homilías

(A)

Lo digo de verdad y con la mano en el corazón: este evangelio siempre me ha producido miedo, verdadero miedo en el cuerpo y en el alma. Además parece que la misma iglesia insistía mucho en este fin del mundo; no sé si para meternos miedo o para que fuésemos buenos, No sé si a vosotros os pasará lo mismo. Si es así, quiero comunicaros hoy lo que después de tanto tiempo he descubierto, y me ha devuelto la tranquilidad.

De tal forma que ahora estoy deseando que llegue este final del mundo: Sí, lo digo también de verdad. Me explico, para que nadie se escandalice.

Una falsa interpretación de este evangelio del fin del mundo ha sido y es la causa de que nos parezca un evangelio terrible y que produce miedo.

Hoy día se ha investigado en la Biblia y se ve con claridad que cada vez que se habla en ella del mundo, no se refiere al mundo que Dios ha creado, la tierra que habitamos, sino al mal, al pecado. Siempre que se nos habla de que hay que huir del mundo, abandonar el mundo, los poderes del mundo... se está refiriéndola pecado y al mal.

Por eso, en vez de producirnos miedo, tiene que ser todo lo contrario. Debiera producirnos alegría. Ojalá llegase y cuanto antes el fin de ese mundo del que Jesús nos habla. Ojalá desapareciese y cuanto antes el mal y el pecado de esta tierra. Ojalá llegue y cuanto antes el amor, la solidaridad y la paz entre los hombres y mujeres.

Y esto es tarea de todos. Todos y cada uno tenemos que colaborar, poniendo nuestro esfuerzo y nuestra lucha para que reine la solidaridad entre nosotros y podamos vivir en una tierra nueva y feliz.

Tiene que desaparecer el mundo del mal y entre todos construir un mundo nuevo, como aquel primer Paraíso terrenal que nos narra la Biblia en sus comienzos; cuando Dios y el hombre vivían en perfecta armonía.

Dios ha creado una tierra hermosa y bella y nos ha dejado el encargo de perfeccionarla y completarla con nuestro trabajo, pero, sobre todo, con nuestro amor y nuestra convivencia en solidaridad.

Entre todos debemos hacer que vaya desapareciendo el mal: las injusticias, el odio y la venganza, el abuso del poder y de la fuerza. Debemos colaborar para desterrar el egoísmo, la envidia, las guerras y violencias..

Solo cuando llegue el final de este mundo roto y destrozado que hemos ido haciendo entre todos, podremos gozar del nuevo mundo basado en el amor y la paz.

(B)

En el Evangelio de hoy Jesús nos habla del fin del mundo. Tanto la fe como la ciencia coinciden en afirmar que el mundo tendrá fin, pero la realidad es que el fin del mundo para cada uno de nosotros es el día en que muramos. Y esta verdad nos la recuerda el sacerdote el miércoles de ceniza cuando, poniéndonos un poco de ceniza sobre la frente, nos dice:

Acuérdate de que eres polvo y en polvo te has de convertir.

Cuentan que Gerardo Kempis, hermano de Tomás Kempis, autor de un importante libro, se había hecho construir un magnífico palacio. Invitó un día a su hermano a verlo; después de haberle mostrado todo, detalle tras detalle, le preguntó:

-Tomás, ¿qué te parece este palacio?

-Gerardo, siento decírtelo. Tiene un fallo garrafal.

- ¿Qué me dices?

-Sí, Gerardo; este palacio tiene puerta de salida.

Lo has hecho para vivir aquí eternamente y esa es la puerta por donde te van a sacar.

Hermanas y hermanos: en medio de tantos engaños la gran verdad es que somos polvo y en polvo nos vamos a convertir.

Nos engañaron los marxistas al decirnos que no existía Dios y que con el comunismo la Tierra sería un paraíso. Hoy Rusia y los países del Este están de vuelta, y uno de sus dirigentes llegó a decir: «¡Que Dios nos ayude!».

Nos engañan aquellos para quienes lo único que importa es el dinero.

Nos engañan algunos políticos para quienes el pueblo no es más que un voto cada cuatro años. Hacen promesas que no cumplen y en vez de buscar soluciones a los problemas del pueblo sólo miran a su bolsillo.

Nos engañan algunas encuestas. El norteamericano Doctor Bernhard Nathanson, en una conferencia pronunciada en Madrid, confesó que él mismo había difundido la falsa noticia de que en Estados Unidos se daban ocho cientos mil abortos al año y que lo había hecho para que saliera adelante la ley del aborto. Y la gente se lo había creído. Es, que la gente ya no creerá la palabra de Dios pero se traga todo lo que digan la televisión, la radio o los periódicos. Y no se dan cuenta de que con frecuencia estos medios de comunicación se venden al que más paga y propagan falsedades, unas veces nacidas de la ignorancia, otras de interés del partido o de otros intereses.

Nos engaña la creencia de que la ciencia y la técnica lo van a arreglar todo o casi todo, a pesar de que las dos torres gemelas de Nueva York se vinieron abajo, a pesar de que continúan los accidentes y los famosos siguen muriéndose de cáncer.

Nos engañan las drogas, que nos prometen paraísos artificiales. Hay drogas de muchos tipos, pero todas nos hacen esclavos y algunas incluso nos hacen desgraciados.

Nos engañan las sectas, que a algunos les comen el coco, haciendo que algunos padres cometan la salvajada de dejar morir a sus propios hijos antes que permitir una transfusión de sangre. *«Cuidado con que nadie os engañe» (Lc 21,8), nos dice Jesús en el Evangelio de hoy. Pues bien, la mejor manera de que nadie nos engañe es escuchar la palabra de Dios. Los que la escuchan y cumplen están haciendo lo más importante que se puede hacer en la vida: salvar el alma.*

(C)

Quizá no podamos ni imaginar la impresión que, entre los que seguían a Jesús, produjeron las palabras del Maestro cuando anunció la destrucción del Templo.

Para un judío, el Templo era el compendio de su fe, quizá la razón más clara de la alianza entre su pueblo y el Dios de sus padres. El

Templo de Jerusalén era para un judío la seguridad. Mientras el Templo estuviera allí, el judío sabía cómo tenía que vivir. Si el Templo faltaba, ¿cómo y por dónde caminaría hacia Dios?

El sentimiento de seguridad es uno de los más estimados por el hombre. Y concretamente en sus relaciones con Dios. Queremos, en todo momento, saber cómo y por dónde llegaremos a Dios. Por eso nos encanta una religión formalista que diga puntualmente cuánto tenemos que dar y cuánto tenemos que rezar, por ejemplo, para conseguir lo que los cristianos llamamos la vida eterna, es decir, ese final feliz que durará para siempre. No nos gusta, sin embargo, la inseguridad y el riesgo. Nos parece insensato que la relación con Dios sea una aventura personal, renovada diariamente, en la que se compromete, no unas oraciones, e incluso unos dineros, sino una actitud vital asumida con responsabilidad y que nos ocupa por entero.

Por eso, también, cuando a nuestro alrededor se destruye, por ejemplo, el "templo" de un cristianismo sociológico, tantos cristianos se quejan perplejos y con la sensación angustiosa de que todo se está derrumbando. Y no es así.

Si desaparece un cristianismo sociológico, si desaparece la feliz seguridad de ese templo en el que con tanto interés nos hemos apoyado en épocas pasadas, es sólo para quedarnos personalmente relacionados con Dios y ser capaces de asumir, sin respaldos de ningún tipo, los compromisos de nuestra fe.

Y entonces, cuando es posible -por ejemplo- divorciarse, el cristiano podrá mostrar al mundo, aquí y ahora, el espectáculo maravilloso de un amor lleno de abnegación, de ternura y de entrega, que aspira a ser fiel y a permanecer hasta la muerte, porque es un amor que tiene su base en Dios que le ha prometido su ayuda si es capaz de vivir de acuerdo con la esencia de la religión que profesa. Y por eso, el cristiano no tiene necesidad de imponer su creencia a quienes no participan de ellas ni sentirse inquieto porque, a su alrededor, otros vivan el amor de manera distinta.

Y cuando sea un principio el que "cada uno resuelva sus propios problemas", y convirtamos el mundo en una selva en donde sólo gane el fuerte, con desprecio olímpico de los débiles en todos los aspectos, el cristiano podrá gritar al mundo, sin

paredes sólidas que le apoyen, que un principio básico de nuestra religión es que hemos nacido para servir y no para ser servidos. Pero podrá gritarlo si lo practica, no si sigue cómodamente la senda general y pisa a su alrededor sin importarte quién cae en la refriega.

Estamos terminando el año litúrgico. Buen momento el final de cualquier época para hacer balance más o menos, rápido de lo pasado, para anotar fallos y para intensificar los logros, que también los habrá.

Quizá en este domingo podríamos pensar seriamente con cuánta inquietud vemos desaparecer los "templos" que en otras épocas nos protegían y si no estará nuestra inquietud fundada en una falta de vitalidad cristiana que no se toma en serio la promesa de Jesús: "Cuando sufráis o no os entiendan, Yo estaré con vosotros".

Quizá si algún hombre no debiera de agobiarse por nada, nunca, debería ser el cristiano. Vivimos, sin embargo, en una época de cristianos agobiados y agoreros. A mi juicio, mal síntoma, porque para el cristiano siempre es posible la esperanza.

(D)

Os perseguirán... Lc 21,5-19

Los cristianos de las Iglesias occidentales ya no hablamos de persecución ni de martirio. Y sin embargo, según Jesús, la persecución es, en un grado u otro, ingrediente normal de la vida cristiana.

Toda la tradición evangélica es unánime en afirmar que la fidelidad a Cristo produce persecución. El rechazo y el conflicto no han sido solamente el destino histórico de Jesús sino que, de ordinario, es el destino que espera a sus seguidores: "Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán".

Por ello, si la persecución no está presente de ninguna forma y en ningún grado en los cristianos y en la Iglesia, hemos de preguntarnos, al menos, cuál puede ser la razón. Qué puede haber ocurrido para que ya nadie persiga hoy a las comunidades cristianas del Primer Mundo.

La persecución no es algo que sucede, de repente, debido a la maldad o ceguera de algunos perseguidores. La verdadera persecución comienza a gestarse cuando la Iglesia se convierte en amenaza para los intereses egoístas e injustos de los sectores más poderosos e influyentes de una sociedad.

Por eso, la persecución no se dirige normalmente a todos los cristianos por igual, sino más bien a aquellos que, movidos por el espíritu de Jesucristo, ponen en peligro un determinado "orden de cosas" establecido. Incluso, puede suceder que, mientras unos cristianos son víctimas de una persecución más o menos declarada, otros sean alabados y privilegiados.

Todo ello se explica porque en la raíz de toda persecución a las Iglesias cristianas se esconde siempre la voluntad de neutralizar la fuerza transformadora que se encierra en el cristianismo cuando es vivido por los creyentes con todas sus consecuencias.

Por eso, la ausencia de una verdadera persecución en el mundo occidental puede significar que nadie siente necesidad de acosar hoy la fe para tratar de anularla, pues los mismos cristianos nos encargamos de vaciarla de su fuerza con la mediocridad y rutina de nuestras vidas.

Puede ser también signo de que vivimos esa fe de manera privada e intimista, sin repercusión alguna en la vida pública y social.

Por eso, hemos de saber valorar desde la fe ciertos rechazos, ataques y agresividad que la Iglesia comienza a sufrir entre nosotros estos últimos años. Es un buen síntoma para una Iglesia que busca permanecer fiel a Jesucristo.

(E)

En el Evangelio de hoy Jesús nos habla del fin del mundo. Tanto la fe como la ciencia coinciden en afirmar que el mundo tendrá fin, pero la realidad es que el fin del mundo para cada uno de nosotros es el día en que muramos. Y esta verdad nos la recuerda el sacerdote el miércoles de ceniza cuando, poniéndonos un poco de ceniza sobre la frente, nos dice: Acuérdate de que eres polvo y en polvo te has de convertir.

Cuentan que Gerardo Kempis, hermano de Tomás Kempis, autor de un importante libro, se había hecho construir un magnífico

palacio. Invitó un día a su herma, no a verlo; después de haberle mostrado todo, detalle tras detalle, le preguntó:

-Tomás, ¿qué te parece este palacio?

-Gerardo, siento decírtelo. Tiene un fallo garrafal.

-¿Qué me dices?

-Sí, Gerardo; este palacio tiene puerta de salida. Lo has hecho para vivir aquí eternamente y esa es la puerta por donde te van a sacar.

Hermanas y hermanos: es que en medio de tantos engaños la gran verdad es que somos polvo y en polvo nos vamos a convertir.

Nos engañaron los marxistas al decirnos que no existía Dios y que con el comunismo la Tierra sería un paraíso.

Nos engañan aquellos para quienes lo único que importa es el dinero.

Nos engañan algunos políticos para quienes el pueblo no es más que un voto cada cuatro años. Hacen promesas que no cumplen y en vez de buscar soluciones a los problemas del pueblo sólo miran su bolsillo.

Nos engañan algunas encuestas. El norteamericano Doctor Berhard Nathanson, en una conferencia pronunciada en Madrid, confesó que él mismo había difundido la falsa noticia de que en Estados Unidos se daban ochocientos mil abortos al año y que lo había hecho para que saliera adelante la ley del aborto. Y la gente se lo había creído. Es que la gente ya no creerá la palabra de Dios pero se traga todo lo que digan la televisión, la radio o los periódicos. Y no se dan cuenta de que con frecuencia estos medios de comunicación se venden al que más paga y propagan falsedades, unas veces nacidas de la ignorancia, otras de interés del partido o de otros intereses.

Nos engaña la creencia de que la ciencia y la técnica lo van a arreglar todo o casi todo, a pesar de que las dos torres gemelas de Nueva York se vinieron abajo, a pesar de que continúan los accidentes y los famosos siguen muriéndose de cáncer.

Nos engañan las drogas, que nos prometen paraísos artificiales.

Hay drogas de muchos tipos, pero todas nos hacen esclavos y algunas incluso nos hacen desgraciados.

Nos engañan las sectas, que a algunos les comen el coco.

«Cuidado con que nadie os engañe», (Lc 21,8), nos dice Jesús en el Evangelio de hoy. Pues bien, la mejor manera de que nadie nos engañe es escuchar la palabra de Dios y menos otras palabras y a otros “dioses”...

Sólo el Dios de Jesús es merecedor de nuestra confianza...

El caminante de la vida necesita ir descubriendo, junto a las pequeñas ilusiones ficticias que pueden entretenernos un rato, los agarraderos fuertes y definitivos en los que apoyar nuestras vidas y nuestra esperanza...

Y es entonces cuando descubrimos a Dios. No a su dios, sino al Dios que se desvela, descubre y manifiesta en el recorrido de nuestra vida, en las esperanzas, en los anhelos, en las necesidades grandes o pequeñas ...

Dios nos ha mandado a su Mensajero para que, con su Palabra, nos diga y dirija a la Verdad de la Vida. Tendremos que hacer un esfuerzo por descifrarla, vivirla y escucharla. Ganaremos mucho, porque orientará nuestra confianza hacia quien únicamente la merece: Dios.

P. Juan Jáuregui Castelo